mente intelectuál. Sin embargo, puede ser considerada bajo un aspecto fisiológico que confirme ámpliamente nuestras observaciones. Bajo el punto de vista físico ó fisiológico, la memoria ó la facultad de adquirir es una série de procesos nerviosos, la formación de un cierto número de senderos construidos sobre ciertas líneas de la sustancia cerebral. Así, pues, puede decirse desde luego, que bajo el punto de vista de las necesidades de nutrición, este es el acto de la inteligencia que lleva consigo el mayor gasto. Ejercer una facultad ya adquirida, debe ser mucho mas fácil que constituir una nueva. Podemos estar perfectamente en estado de sufrir el primero de estos actos, siéndonos imposible sufrir el segundo. En realidad, el éxito en una nueva adquisición, considerado según las probabilidades fisiológicas, debe ser obra de los momentos poco frecuentes, escogidos y particularmente favorables en que la energía cerebral es á la vez abundante y bien dirigida.

CAPÍTULO III

La educación de la inteligencia

Todas las ramas de la psicología son aplicables á la educación, sobre todo la psicología de la inteligencia.—El Discernimiento, fundamento de la inteligencia.—Condiciones del discernimiento. 1.º entendimiento despejado: 2.º ausencia de toda excitación estraña: 3.º interés: 4.º justaposición.—Ejemplos de discernimiento.—Retentividad.—Su ley fundamental: necesidad de la educación ó de la repetición.—Circunstancias accesorias.—*Circunstancias favorables á la retentividad.* 1.º Estado físico; la retentividad comparada con otras funciones del cerebro bajo el punto de vista del gasto de energía; momentos mas favorables para el trabajo retentivo: 2.º La Concentración.—Influencia de la voluntad.—El placer del trabajo.—Acción del dolor.—Excitación neutra.—Sus modos mas favorables.—La memoria sigue la delicadeza del discernimiento.—La vivacidad de las transiciones.—La Semejanza ó el Acuerdo.—Choque producido por la semejanza en la diversidad.—El descubrimiento de las semejanzas está favorecido 1.º por la pequeñéz de las diferencias; 2.º por la justaposición; 3.º por la acumulación de ejemplos.—Facultad de combinación.—Sus condiciones: 1.º objetos que combinar; 2.º idea clara del resultado al cual se desea llegar; 3.º tentativas repetidas.—Alternativa y suspensión de la actividad intelectual.—El sueño es la única suspensión completa de la acción intelectual.—Descanso dado al entendimiento por la alternativa de ejercicios.—El estudio y el juego.—La audición y la ejecución.—La práctica de lo que se ha aprendido.—La memoria y el juicio.—Las lenguas y las ciencias.—Alternativa de los diferentes estudios.

EL trabajo mas importante en la ciencia de la educación debe ser el estudío de todas las leyes psicológicas que tienen relación directa ó indirecta con la acción adquisitiva de la inteligencia. Todas las ramas de la psicología dan buenos resultados, pero sobre todo de la psicología de la inteligencia es de la que mas puede esperarse. De las tres grandes

funciones que la inteligencia presenta en el último análisis,—discernimiento, acuerdo y función retentiva ó memoria,—la última es la que se identifica de la manera mas completa con el arte de la educación; sin embargo, las otras dos entran tambien en él como elementos, cada una á su modo.

DISCERNIMIENTO.

El entendimiento tiene por punto de partida el discernimiento. La conciencia de la diferencia es el principio de todo ejercicio de la inteligencia. Experimentar una sensación nueva es comprobar un cámbio: si la temperatura de una sala se eleva á diez grados, un cámbio de sensación nos participa este hecho; si no experimentamos ningun cámbio de sensación, ninguna conciencia de alteración, tenemos perdido el hecho exterior; no lo notamos, y se dice que no lo sabemos.

Nuestra inteligencia tiene, pues, por límite absoluto, la facultad de discernimiento. Las demás funciones de la inteligencia, la facultad de retener, por ejemplo, no entran en juego hasta despues que hemos comprobado una diferencia entre cierto número de objetos. Si no sintiéramos primero la diferencia entre la luz y la oscuridad, lo negro y lo blanco, lo encarnado y lo amarillo, no tendríamos escenas visibles que poder recordar, hasta con la facultad de retener, más desarrollada, no podríamos conservar ningún recuerdo del mundo exterior: la ausencia de sensación entraña necesariamente la ausencia de memoria.

Diremos mas todavía. La delicadeza del sentimiento de las diferencias dá la medida de la variedad, de la multitud de nuestras primeras impresiones y, por consecuencia, de los hechos acumulados en nuestra memoria.

Si un hombre no entiende mas que doce notas diferentes en la escala musical, estas notas son para él los límites de la memoria de los sonidos; si otro percibe ciento diferentes, sus ideas ó sus recuerdos de sonidos se encuentran multiplicados en la misma proporción. La acción de la facultad de retener se extiende tanto como la de la facultad de conocer las diferencias, sin poder llegar á más.

Hemos recibido de la naturaleza cierta facultad de discernimiento para cada modo de sentir. Sabemos ante todo distinguir, con mas ó menos delicadeza, las percepciones suministradas por la vista, el oido, el tacto, el olfato, y el gusto; y la delicadeza de cada sentido está muy lejos de ser igual en diferentes individuos. Tal es el primer orígen de las diferencias de carácter intelectual, de gustos y de tendencias varias que se notan en diferentes personas. Si un individuo puede, desde el principio, apreciar cinc matices de color donde otro no distingue mas que uno solo, los caminos de estos dos hombres están trazados de antemano, y la distancia entre ellos es bien marcada.

Es muy importanre, sin duda alguna, reconocer esta desigualdad nativa antes de determinar la tendencia especial que debe darse á la educación de un niño. Pero para el que enseña, es mas importante aún darse cuenta de los medios por los que puede activar y acrecentar la facultad de apreciar las diferencias. Partiendo de aquí, mientras que la inteligencia no conoce la diferencia que existe entre dos cosas, no ha dado todavía el primer paso; el maestro deber examinar qué circunstancias y condiciones son favorables ó desfavorables al ejercicio de la facultad de discernir.

La primera condición que no se aplica á la única función del discernimiento, pero sí á todas las funciones intelectuales, es que el entendimiento sea vigoroso, jóven y despejado. Si es endeble, lánguido ó dormido, no puede percibir las diferencias. Para todo trabajo intelectual, es necesario que el entendimiento sea vivo, despejado, y que esté en la plenitud de su fuerza y actividad. Si el adormecimiento de la inteligencia proviene simplemente de su pereza, el maestro, *recurriendo* á medios artificiales para disipar el adormecimiento y despertar el entendimiento

habrá sacado el discípulo del estado tan bien llamado *indiferencia*, es decir, del estado en que no reconoce ya las diferencias que existen realmente entre varias impresiones.

Puede suceder que el entendimiento sea fresco y vivo, pero que sus fuerzas se ejerciten en una falsa dirección. Esiste entre la actividad intelectual y la actividad emocional una oposición bien conocida, que produce entre ellas cierta incompatibilidad.

Bajo el imperio de una emoción viva, las fuerzas intelectuales disminuyen, y no obedecen más que á esta emoción. Es preciso que el entendimiento esté tranquilo para que su facultad de discernimiento, lo mismo que todas las demás facultades, se ejerzan con aprovechamiento. Discutiremos mas adelante, con todos los detalles que exige, el punto tan delicado del modo con que el maestro debe gobernar y dirigir las diversas emociones.

No hay que olvidar que los ejercicios intelectuales son esencialmente insípidos y sin atractivos. Bajo el punto de vista del esfuerzo que exigen, causan, en una débil medida, el placer que produce siempre el ejercicio regular de una facultad exuberante, pero esto se aplica en primer lugar al trabajo de los discípulos ya adelantados, y es muy poco marcado al principio de la educación. La primera circunstancia que dá algún interés al ejercicio de la facultad de distinción, es una impresión de placer ó de dolor. Es necesario que el acto de discernir lleve consigo una consecuencia que llame vivamente la atención del etendimiento. Una diferencia, completamente desposeida de interés, no atraerá jamás la atención del discípulo.

El paso del frio al calor, de la oscuridad á la luz, del hambre á la hartura, y del silencio al ruido, nos presentan otros tantos hechos que tienen mas ó menos interés, y que producen por consiguiente, impresiones mas ó ménos vivas. A estos hechos acompaña siempre una sensación bien marcada. Para nutrir la inteligencia, es preciso que el entendimiento pueda percibir cámbios mas ó menos grandes; lo que caracteriza la naturaleza intelectual, es la debilidad de la emoción que le es indispensable para percibir una diferencia. Es evidente que una demostración ruidosa atrae siempre la atención y conduce á la percepción de una diferencia; pero en este caso, el resultado se obtiene á mucha costa.

Uno de los mejores medios prácticos de hacer reconocer ó retener la diferencia entre dos hechos, es el de colocarlos inmediatamente uno después del otro. El paso rápido de uno á otro hace evidente una diferencia que no se notaria si se dejára trascurrir cierto intérvalo entre los dos, sobre todo si, entre tanto, se ocupase con otro objeto el entendimiento del discípulo. Esta regla es, por decirlo así, evidente por sí mísma, y su aplicación dá buenos resultados cuando las circuntancias se prestan á ello; pero poco frecuente es que los maestros y los instructores saquen de esto todo el partido posible. La distracción mas ligera basta generalmente para hacer olvidar su importancia.

Para comparar dos notas, las hacemos oir rápidamente una después de otra; para comparar dos matices de un mismo color, enseñamos uno é inmediatamente el otro; para comparar dos pesos, cojemos uno en cada mano, examinando la sensación que producen, primero en una, y después en la otra, alternativamente: Estos son casos sencillos y comunes; pero la comparación de dos formas es una operación mas complicada, para la que no seguimos el mismo procedimiento. Si se trata de apreciar dos distancias, las colocaremos una junto á otra, y lo mismo tratándose de dos ángulos. Para el número, podemos disponer dos grupos de objetos en dos líneas, paralelas entre sí; por ejemplo, tres objetos en una de las líneas, y cuatro ó cinco en la otra, y de este modo hacemos ver fácilmente la diferencia que existe.

La comprobación de una simple diferencia de tamaño no es mas que un hecho de justaposición. La forma, considerada independientemente del tamaño, no es tan fácil de comprender. Para establecer la diferencia entre un triángulo y un cuadrilátero, es

preciso contar los lados de cada una de esas figuras, y reemplazar la diferencia de forma por la consideración mas sencilla de una diferencia de nombre. Un triángulo rectángulo, un triángulo acutángulo, y un triángulo isósceles, se comparan por la justaposición de sus ángulos. La diferencia entre un círculo y una elipse se compara por la de la curva y de los diámetros: en el uno, la curva es uniforme, y todos sus diámetros son iguales; en el otro, la curva varía, y los diámetros son desiguales. En cuanto á la diferencia entre una curva cerrada y una curva abierta, es bastante evidente por sí misma.

Así las formas geométricas pueden reducirse á bases de comparación muy sencillas, y el maestro las analizará de la manera que vamos á indicar. Para las formas irregulares y caprichosas, los términos elementales á los que se reducen, son también los mismos: dimensiones lineales, número, dimensiones angulares, curvatura; pero se puede llamar la atención de muchas y diferentes maneras. Algunas veces hay una semejanza notable, y que se impone, por decirlo así, al entendimiento, con una diferencia muy ligera, que escapa á nuestra vista, como sucede con las cifras 3 y 5 y con las letras C y G de nuestro alfabeto. El alfabeto hebráico nos suministra ejemplos todavía mas marcados. En este caso es preciso indicar claramente, y hasta con exageración, la pequeña diferencia que existe. Se pueden tener también modelos de un mismo tamaño para que, sobrepuestos, hagan resaltar la diferencia. El maestro debe esforzarse por llamar toda la atención del discípulo sobre el detall que constituye esta diferencia, y hacerle después que lo reproduzca por sí mismo, dedicando, por ejemplo, una lección especial para preguntar al discípulo las cifras ó letras que son mas parecidas, y los puntos de diferencia que se notan entre ellas.

Si el maestro quiere elevar á mayor altura los métodos que debe seguir para el estudio de las diferencias, los mejores ejemplos son aquellos en que se trata de comprobar á la vez las diferencias y los puntos de semejanza. Mas tarde volveremos á este asunto, despues de haber examinado la facultad intelectual de las semejanzas. Lo que tenemos ínterés en establecer aquí, ante todo, es la necesidad del acto de discernir, como preludio de toda impresión intelectual, y como base de acumulación de conocimientos, á la que hemos dado el nombre de *memoria*. La facultad de comprobar las semejanzas es, igualmente, indispensable; pero ni es necesario ni útil examinar aquí el ejercicio de esta facultad antes de haber estudiado la facultad plástica de la inteligencia.

RETENTIVIDAD Ó MEMORIA

La memoria es la facultad que desempeña el papel mas importante en la educación. Gracias á ella son posibles los crecimientos intelectuales, ó en otros términos, la adquisición de capacidades que la naturaleza no nos había dado.

Toda impresión que sufrimos tiene cierta duración si es bastante fuerte para despertar la conciencia en el mismo momento que se produce; puede persistir despues que la causa que la ha producido ha desaparecido, y puede reaparecer mas tarde en el estado de idea ó impresión renovada por la memoria. Una llama que brota bruscamente despierta nuestra atención, produce una fuerte impresión en la vista, y llega á ser una idea conservada por la memoria; de tal modo que, despues, pensamos en la llama sin verla realmente.

Es poco común que un hecho que no se produce mas que una sola vez, deje una idea durable que vuelva á aparecer, siendo preciso, para que esto se verifique, que el hecho se repita varias veces. La fijeza de la impresión exige cierto tiempo; es necesario prolongar el primer choque ó renovarlo diferentes veces. La primera ley de la memoria ó facultad de retener ó adquirir, puede considerarse en las dos máximas siguientes: «*solo la práctica conduce á la perfeccion*» «*ejercitando una facultad es como se le dá fuerza*», y otras semejantes. Tales son en el fondo las reglas

seguidas desde tiempo inmemorial por nuestros maestros: *es preciso repetir una leccion sin abandonarla hasta que esté bien sabida.*

Todo progreso en el arte de enseñar depende de la atención con que observemos las diferentes circunstancias que favorecen la adquisición ó que disminuyen el número de repeticiones necesarias para obtener tal ó cual resultado. Hay grandes economías que hacer en la facultad plástica del organismo humano; y cuando hayamos limitado estas economías todo lo posible habremos alcanzado la perfección en uno de los ramos mas principales del arte de educar. Así pues, es indispensable buscar con el mayor cuidado todas las condiciones conocidas que favorezcan ó que paralicen el desenvolvimiento plástico del organismo.

Por mas que ciertos filósofos hayan afirmado que todos los entendimientos son, por decirlo así, iguales, bajo el punto de vista de la facultad de adquirir, seria preciso que un maestro tuviera poca experiencia para interesarse en estas afirmaciones. La desigualdad de los diferentes entendimientos, bajo el punto de vista de la asimilación de las lecciones, en circunstancias absolutamente idénticas, es un hecho bien comprobado, y este es uno de los obstáculos que presenta la enseñanza dada simultáneamente á cierto número de discípulos agrupados en una misma clase; para superarlos se necesitan mucho tacto y habilidad práctica, cualidades que ninguna teoría de educación puede darnos.

Las diversas adquisiciones intelectuales difieren entre sí por ciertos detalles secundarios, de los que nos ocuparemos despues de haber estudiado á fondo las condiciones generales aplicables á todas. Entre estas adquisiciones, las que presentan el contraste mas marcado, son aquellas que dependen de la inteligencia, de los sentimientos y de la voluntad. En el número de adquisiciones intelectuales, propiamente dichas, colocaremos las artes mecánicas, las lenguas, el mundo material, las ciencias y las bellas artes, con sus divisiones.

CIRCUNSTANCIAS GENERALES FAVORABLES A LA MEMORIA.

La primera de estas circunstancias es el estado físico del indivíduo. Ya hemos tenido ocasión de hablar de esto á propósito de la fisiología, y tambien en nuestras observaciones sobre la facultad de discernir. El estado físico comprende la salud general, el vigor y la actividad del organismo en el momento de ejercerse la facultad, agregándole, como condición indispensable, que una porción suficiente de la alimentación, en vez de consagrarse exclusivamente á activar las funciones físicas, se dirija hácia el cerebro.

El interés de la actividad intelectual es necesario que el sistema muscular, el sistema digestivo y, en un palabra, todas las partes del organismo, se ejerzan en la medida que dá al organismo entero su máximum de fuerza general, sin rebasar nunca los límites de esta medida. Todavía iríamos mas largo si se tratase de los placeres del cuerpo, pero esto no es de lo que nos ocupamos. Un hombre debe, pues, ejercer sus músculos, alimentarse bien, dar á la digestión el tiempo de cumplir su tarea, y, por último, tomarse el reposo necesario,—todo por asegurar al entendimiento la mayor suma de fuerza posible, sobre todo si se trata del difícil trabajo de la educación.—El estado actual de nuestros conocimientos fisiológicos y medicales nos permite hasta indicar, para un caso dado, las proporciones razonables de cada uno de estos elementos.

Todo parece indicar que, bajo el punto de vista puramente físico, la producción de impresiones en el cerebro, aunque no sea jamás suspendida, está muy lejos de ser siempre igual. Todos sabemos que, en ciertos momentos, somos incapaces de recibir impresiones durables, mientras que en otros, nuestra sensibilidad se encuentra extremadamente exaltada. Esta diferencia no puede llevarse entera á la mas grande energía intelectual; puede suceder

que una considerable reserva de fuerza se destine á otros actos del entendimiento, como, por ejemplo, al cumplimiento de simples actos de rutina, y que no quede mas que muy poco para retener nuevas impresiones; estamos en estado de leer, de conversar, de escribir, y de prestar atención á los ejercicios; podemos dejarnos llevar de nuestras emociones y seguir una ocupación dada, sin estar en estado de agregar nada á los hechos que posee nuestra memoria, ó de adquirir nuevos conocimientos. Hasta las acciones en que tomamos parte, se olvidan al poco tiempo. ¿Qué hay, pues, de notable en la alimentación física de la propiedad plástica del cerebro? ¿En qué momentos esta propiedad está en la plenitud de su acción? ¿Cuáles son las cosas que la alimentan y la conservan de una manera especial?

Por más que este punto no se haya estudiado todavía suficientemente, los hechos ya conocidos parecen autorizarnos á afirmar que la función plástica ó retentiva es *la energía mas elevada del cerebro*, el colmo de la actividad nerviosa. Para arraigar una tendencia nueva, para poner una impresión en estado de bastarse á sí misma, y de reproducirse á voluntad, suponemos, con fundamento, que es necesario consumir mas fuerza nerviosa que para toda otra especie de ejercicio intelectual. Los momentos propicios á la acumulación de los conocimientos por la memoria, á la formación de las costumbres y de nuevas adquisiciones son, pues, las del máximun de fuerza en reserva. Se necesita además un conjunto de circunstancias favorables en la manifestación mas considerable de la energía cerebral, y entre otras, la actividad completa del organismo, unida á la ausencia de toda causa que pudiera rápidamente poner obstáculos.

Para probar lo que dejamos manifestado, nos serviremos del género de trabajo intelectual que parece ocupar el segundo lugar, relativamente á la energía cerebral que exige. El ejercicio de la facultad de raciocinar—la resolución de problemas nuevos, la aplicación de una regla á casos nuevos, el trabajo intelectual de

las profesiones sérias como, por ejemplo, la de derecho,—exige un esfuerzo de entendimiento considerable, y su facilidad depende del vigor del cerebro en el momento de dedicarse á él. Sin embargo, los trabajos de este género exigen menos fuerza que el trabajo de la memoria; podemos dedicarnos á ellos en los momentos en que nuestra memoria rehuse recibir impresiones nuevas y durables. En la vejez, en una edad en que no estamos ya en estado de adquirir conocimientos nuevos, podemos dedicarnos todavía, con éxito, á un trabajo de raciocinio; podemos estudiar cuestiones nuevas, inventar nuevos argumentos y nuevas pruebas, y también determinar lo que es necesario hacer en tal ó cuál caso que no se habia aún presentado.

La facultad de combinación presenta todos los grados, desde el vuelo mas atrevido de la invención y de la imaginación, hasta el punto en que no se trata mas que de repetir á la letra un texto ya conocido. Cuando un orador compone un discurso nuevo, ejercita mas ó menos la facultad de combinar; pero si recita oraciones y fórmulas, si lee un pasaje, esto ya no es mas que una reminiscencia. Esta última forma de energía intelectual es la que exige menos esfuerzos; es posible hasta cuando el vigor cerebral está en su grado mínimo. Cuando la facultad de adquirir no puede ejercitarse, la de combinar puede aún obrar; cuando la inteligencia no tiene ya fuerza para apartarse, por poco que sea, de la rutina ordinaria, la reminiscencia literal es todavía posible.

Otro trabajo intelectual al que podemos dedicarnos cuando tenemos gastada la facultad de adquirir por la memoria, es el de las averiguaciones y el de las notas. Para hacer averiguaciones y para tomar notas, se necesita cierto esfuerzo de atención que es imposible si el flujo nervioso no está bien desarrollado, pero sí, después que la energía cerebral se haya reanimado. Cuando el literato ú hombre de ciencia no puede ya enteramente fiarse de su memoria para conservar los hechos nuevos que le presentan sus lecturas, sus observaciones ó sus reflexiones, puede todavía

buscarlas y tomar nota de ellas. Así, pues, en los momentos del dia en que la memoria está menos activa, puede estudiar todavía con fruto, ayudado del cuaderno de notas.

Cuando no son las emociones ni violentas ni excesivas, pueden colocarse entre las acciones que exigen el menor gasto intelectual; podemos, pues, dedicarnos á ellas en momentos en que somos incapaces de verificar todo trabajo que sea mas costoso, y sobre todo el de añadir algo á los conocimientos y á las aptitudes que ya poseemos. En esto, hay todavía diferentes grados, pero de una manera general; podemos decir que el amor ó el ódio, son actos para los cuales son suficientes los grados inferiores de la fuerza nerviosa, aunque sean imposibles para el entendimiento, llegado á los últimos límites de su aniquilación.

Este exámen rápido de los gastos relativos de fuerza cerebral que lleva consigo el ejercicio de las diversas facultades intelectuales, nos permite juzgar de las horas, momentos y circunstancias mas favorables al trabajo de la memoria. Puede admitirse que, en las primeras horas del dia, la energía total está en su mayor altura, mientras que baja mucho por la tarde; así pues, la mañana es el momento mas propicio para las adquisiciones intelectuales. Durante las dos ó tres horas que siguen al desayuno, la fuerza del organismo está probablemente en su mayor grado; un reposo completo de una ó dos horas, y después, una segunda comida, seguida de ejercicios físicos, cuando el trabajo ha sido sedentario, preparan el cerebro á un nuevo esfuerzo, que no vale, sin embargo, tanto como el primero, á no ser en la juventud; en fin, cuando la vivacidad de este segundo movimiento se haya gastado, podrá haber después otro descanso, una tercera fase de aplicación, pero con resultados muy inferiores á los de la primera, así como también á los de la segunda. En esta última fase, no debe emprenderse ningún trabajo importante de adquisición, pues es imposible poder contar mucho con la plasticidad del organismo, pero puede sacarse un buen partido de las facultades de combinar y de retener.

El órden regular del dia puede, algunas veces, alterarse por circunstancias excepcionales; mas estas excepciones no hacen mas que confirmar la regla. Si estamos sin hacer nada durante las primeras horas del dia, nuestro entendimiento podrá, sin duda, estar mas fresco y mas dispuesto al trabajo por la tarde; pero esta aplicación tardía no recompensará la pérdida de las primeras horas: á medida que el dia avanza, disminuye la energía nerviosa, por fácil que sea la tarea que nos hayamos impuesto. Podemos también en un momento cualquiera del dia, determinar una explosión de energía nerviosa, por un esfuerzo perseverante y por una estimulación que hace afluir la sangre al cerebro, sin tener cuenta del tiempo y de las circunstancias; pero este esfuerzo entraña siempre una pérdida de fuerza y un cámbio de funciones.

Regla general: *Durante la estacion del frio, el vigor llega á su grado máximo,* siendo, por lo tanto, el invierno la mejor época para trabajar. Los resultados del trabajo durante la estación de calor, ó sea el verano, son medianos.

Para darse cuenta del modo con el cual varía la plasticidad intelectual en las diferentes épocas de la vida, se podrian evaluar también las fuerzas totales del organismo en cada época, y buscar luego la parte de estas fuerzas puestas á disposición del cerebro; pero, como hay que tener aún cuenta de otras muchas circunstancias, preferimos no tratar ahora esta cuestión.

Muchos detalles de la economía de la facultad plástica tienen un lado físico y otro intelectual. Tales son, por ejemplo, los que se refieren á la tensión y al descanso de la atención, á los intérvalos y á los cámbios de ejercicios, á la regularización nerviosa y á otros puntos ménos importantes. Todos estos detalles pertenecen, en realidad, al estudio de la función retentiva, pero creemos no deber considerarlo ahora, mas que bajo su punto de vista puramente intelectual.

Toda la ayuda que el entendimiento suministra á la plastici-